

ARIEL

Quincenario antológico de Letras,
Artes, Ciencias y Misceláneas

Director: FROYLAN TURCIOS

Apartado 1622 — Teléfono 2138

SERIE VI

San José de Costa Rica, América Central, 15 de mayo de 1938

NÚMERO 18

SUMARIO:

I. Hero, Emociones estéticas, De Jerusalén a Roma, Pesadillo dantesca, Eterna ilusión, *Froylán Turcios*.—
II. Recuerdo de Honduras, *Rafael Uribe Uribe*.—III. A los artistas, Esperando a la Amada, *Gabriel D'Annunzio*.—IV. Ha muerto el papá de Margarita, *Orosman Rivas*.—V. Los ríos, *Juan Zorrilla de San Martín*.—VI. Nuevas metas, *Rodrigo Facio*.—VII. El fuego, *José Selgas*.—VIII. Juan Richepin, *Teodoro de Barville*.—IX. La belle dame sans merci, *John Keats*.—X. Carta de Max Grillo. —XI. Esmeraldas fantásticas, *Marcos Jesús Bertrán*.—XII. Muerte de Junot. —XIII. Un árbol, *Joyce Kilmer*.—XIV. Última página, *Olavo Bilac*.—XV. Un gran jardinero. —XVI. Palabras cordiales. —XVII. Diframbo de Otoño, *Rafael Heliodoro Valle*.—XVIII. La muerte de María Antonieto, *Miguel Sawa*.—XIX. El poema más bello, *Timoteo Miralida*.—XX. Días que fueron, *Alfredo Tennyson*.—XXI. Siesta, *Sally Prudhomme*.—XXII. Curiosidades importantes. —XXIII. Amigo peligroso. —XXIV. Semblanza,

Victor M. Londoño.—XXV. Distracción fúnebre. —XXVI. La bella en el bosque, *José Martí*.—XXVII. Síntesis trascendentales. —XXVIII. A Froylán Turcios, *Luis H. Debayle*.—XXIX. Carta de Rufino J. Cuervo a su esposa. —XXX. El famoso diamante Junker. —XXXI. Ejemplo heroico, *Esculapio Sandoval*.—XXXII. La flor de la patria colombiana. —XXXIII. La muerte de Heine. —XXXIV. Micro—Radios, *Flavio Herrera*.—XXXV. Amargas verdades. —XXXVI. Froylán Turcios, agradece el envío de los siguientes libros. —XXXVII. Epigramas clásicos. —XXXVIII. Sección para los niños costarricenses:—Una salvación maravillosa, *R. Kear-ton*.—XXXIX. El interés a través de los siglos. —XL. Dumouriez y Marat, *Tomás Carlyle*.—XLI. Consejero en desgracia. —XLII. Conocimientos interesantes. —XLIII. Tres anécdotas de Juan Vicente González, *José Gil Fortoul*.—XLIV. Música, *Percy Bisshe Shelley*.—XLV. Fragmento de una maravillosa historia, *Rubén Darío*.—XLVI. Las cuatro princesas reales. —XLVII. Notes

HERO

El símbolo helénico de la sacerdotisa de Afrodita, amada de Leandro, es uno de los más puros y preciosos.

La antorcha que alzaba en la torre para que sirviera de guía al audaz mancebo, al atravesar todas las noches el Helesponto, en las profundas tinieblas, para acudir a sus brazos, está encendida con fuego inmortal en el reino de azul de las rosadas quimeras. En él vemos flotar los cadáveres de los dos amantes sobre las ondas quejumbrosas.

...Un poeta-escultor hizo surgir del mármol una alegoría inefable: *Hero transfigurada en la luz del amor de Leandro*. Es un milagro de ilusión sobrenatural, tan aérea en su palor lunar, que produce un ansia recóndita de imposibles sueños, una sed atormentadora de ese amor supremo que es sólo un divino espejismo en nuestro espiritual horizonte.

Froylán Turcios.

Mayo de 1938.

RECUERDOS DE HONDURAS

Pronto hará diez años que crucé a Honduras de una a otra costa y visité a Tegucigalpa. Colgué mi hamaca de inquieto peregrino en los ocotales, y todavía en las noches calladas me parece percibir el ruido como de cascada o aguacero que produce el viento al filtrarse por entre los filamentos del follaje de los pinos.

Perdurable será en mi alma el recuerdo de la acogida cariñosa que se me dispensó en la patria de Morazán y de Cabañas, tierra de gran porvenir por su riqueza, por su posición geográfica y por la raza enérgica e inteligente que la habita.

Con placer consigno en esta página mi voto sincero por la prosperidad de Honduras, junto con el testimonio de alta estima por su Delegado a la Tercera Conferencia Panamericana, el notable poeta y distinguido caballero Froylán Turcios.

Rafael Uribe Uribe.

Río de Janeiro.

A LOS ARTISTAS

Traducción de Eduardo de Ory.

Artistas: defended a la Belleza,
ese es vuestro deber;
y el ensueño, que vive en nuestras almas,
lo mismo defended.

Sea con todas las armas. ¡Sí, con todas
las que juzguéis precisas;
usad hasta las hefas, si ellas pueden
más que vuestra invectiva!

Templad con los venenos más activos,
los más acres venenos,
de vuestras lanzas la aguzada punta
para que surta efecto.

Que sean vuestros sarcasmos tan crueles
y que fengan tal hiel
que entren hasta la médula y consigan
destruirla de una vez.

Y herid, hasta los huesos, a las frentes
estúpidas y vanas
que infantan a las almas colocarles
una idéntica marca.

Y ansian, persistentes, que las festos
humanas sean lo mismo:
¡como son las cabezas de los clavos
bajo el duro martillo!

¡Que suba hasta los cielos vuestra risa,
vuestra risa frenética,
cuando escuchéis vociferar a aquellos
jefes de la Gran Bestia!

El Pensamiento defended—por ellos
en constante amenaza—.
La Belleza, sublime y poderosa,
por ellos ultrajada.

Un día llegará en que hasta intenten
quemar las obras bellas,
destrozar las magníficas estatuas
y desgarrar las telas.

¡Defended la obra antigua, la obra libre
de maestros y discípulos,
contra la eterna rabia de esos ebrios
esclavos del ridículo!

Y no desesperéis porque seáis pocos;
sois bastantes, sabedlo:
¡Es de vosotros la Supremo Ciencia,
Suprema Fuerza: el Verso!

Gabriel D'Annunzio.

**Todos los textos de ARIEL han sido
escritos, seleccionados o extractados
por su Director.**

HA MUERTO EL PAPÁ DE
MARGARITA

En León de Nicaragua acaba de morir
Luis H. Debayle. Este nombre queda unido
por siempre a la historia íntima del mágico
Rubén. Fueron amigos desde la temprana
juventud y cuando para morir el poeta re-
gresó a Nicaragua—como esas aves que
después de hacer varios círculos concéntri-
cos en la lejanía regresan suavemente al
nido—Debayle quiso salvarlo de la terrible
cirrosis hepática, haciéndole una punción.

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar.*

¿Quién qué es romántico y que ha leído :
Rubén y verificado los paisajes que pintó
en su maravilloso libro *El viaje a Nicara-
gua*, no sabe quien es Margarita Debayle.
Ese poema, una de las más lindas miniatu-
ras que han surgido en el aire límpido de
nuestro idioma, fué escrito por el gran Ru-
bén en una de las islas nicaragüenses que
él llevaba siempre en el alma, en sus atar-
deceres mediterráneos o en sus mañanas
lúgubres de París, adonde quiera que fuese
con sus perlas y sus cisnes. El poeta había
regresado a Nicaragua, después de larga
ausencia, y su regreso fué como el de Sig-
frido, con la espada victoriosa. Todos los
jardines de aquel trópico se desbordaron
para recibirle y todas las almas tejieron al-
go así como una alfombra para que pasara
como el hijo pródigo que, después de rodar
tierras, retornaba con las más envidiables
pedrerías. Entre los antiguos amigos que
volvió a oprimir en sus brazos estaba Luis
H. Debayle, quien le acompañó a pasar
unas vacaciones únicas en uno de aquellos
parajes de fábula, que el volcán engrandece
con su pureza milenaria en el fondo de tar-
des de amaranto y los pájaros—garzas o
palomas—desfilan en largos silencios de
blancura.

*Una de las más finas, nobles y puras al-
mas que me haya sido dado conocer en mi vi-
da*, escribió Rubén sobre su gran amigo. Y
en verdad que fué exacto en el elogio, por-
que Debayle no sólo fué un médico ena-
morado de la cirugía, sino que gustaba re-
fugiarse en la atmósfera luminosa de los
poemas para olvidar los problemas de Hi-
pócrates. Era un caballero irreprochable,
un camarada generoso. Enorgullecíase de
tener entre sus antepasados al aeronauta.

Montgolfier y gustaba de interrumpir una consulta de paciente para recitar, en la tertulia que había dejado segundos antes, un poema de Verlaine o un fragmento de Hugo.

Una vez dijo:

—En 1880 Darío y yo teníamos 15 años. Yo lo adiviné; fui de los pocos que le entendieron. Y cierta vez un doctor—como abundan muchos en mi país—me preguntó por qué estaba ciego de admiración hacia un muchacho tan callado y extraño como Rubén. Rodaron los años y se realizó mi augurio.

Rodaron, sí; y los dos amigos volvieron a encontrarse en su querida, dulce, suave ciudad de León, y se hicieron un racimo de recuerdos. Debayle era entonces uno de los amigos del Presidente Zelaya, y es posible, ¿por qué no?, que haya influido en el ánimo de éste para que como el mejor regalo que Nicaragua podía hacer a su glorioso hijo pródigo, se le nombrase Ministro en Madrid.

En la isla del Cardón se efectuaron las más bellas vacaciones de aquel que—según la feliz expresión de Azarías Pallais—era uno de los siete príncipes de la u. 1908 arde en todo su esplendor solar. Y los dos amigos escribieron unas hojas volantes en las cuales, por lírico pasatiempo, dejaron cantares cuyo texto es poco conocido en Hispanoamérica.

Decía Rubén:

*¿Para qué tanto pensar
si en esta cosa tan pura
saboreamos la amargura,
la amargura de la mar?*

*Los cabellos son de oro
y la faz de rosa tñ.
Ella le dijo: te adoro,
y él: jamás te olvidaré.*

*No me repitas que existe
el remedio del amar.
La princesa estaba triste,
no se pudo consolar.*

Y Debayle respondía

*De la tristeza las brum
brotan de mi hondo pensar
como brotan las espumas
de las ondas de la mar.*

*En su eterno movimiento
mueve la onda las ar*

*y el mar de mi pensamiento
moviendo vive mis penas.*

*Beber néctar, beber rosa,
beber elixir de vida,
es ver tu pupila hermosa,
besar tu boca encendida.*

Ya no hay princesa que cantar. En los labios de la divina Eulalia acabó la sonrisa y en el estanque sideral los cisnes heráldicos se han dormido para siempre. Otro es nuestro mundo poético; pero los dos amigos en la isla de los largos crepúsculos tropicales vagan como fantasmas de una ilusión, que, a través de la conturbadora época en que vivimos, sigue siendo más que un símbolo: el de la perfecta amistad más allá de la muerte.

Orosmán Rivas.

México, abril de 1938.

LUMINAR

Revista de orientación dinámica.

Director:

Pedro Gringoire.

Apartado 97 bis.

México, D. F.—México.

LOS RIOS

El Uruguay y el Plata
viven su salvaje primavera,
la sonrisa de Dios de que nacieron
aún palpita en las aguas y en las selvas.
Aún viste el espinillo
su amarillo tipoy; aún la hierba
engendra los vapores temblorosos
y a la calandria en el ombú despierta;
aún dibuja misterios
en el mumburucuyá de las riberas,
anuncia el día y por la tarde enciende
su último beso en la primera estrella;
aún alienta en el viento
que cimbra blandamente los palmeras,
que remece los juncos de la orilla
y las hebras del sauce balanca;
y hasta el río dormido
baja, en el rayo de las lunas llenas,
para enhebrar diamantes en las olas
y resbalar o retorcerse en ellas.

Juan Zorrilla de San Martín.

NUEVAS METAS

Hombre hermano,
hermano,
hombre, las horas y los años
pasan;
las cosas
cambian.
El espíritu se propone cada época
un nuevo blanco,
y hacia él hace vibrar, vivificada,
la aguda flecha
del progreso
humano.
Los jóvenes ven morir a sus abuelos
y encoarse a sus padres
—la tarea ya cumplida—
y miran ante sí, como invitando,
la nueva meta,
potencialmente frutal.

¡Es la vida!
Y la vida anda también en el paisaje.
Las hojas se renuevan en los árboles
frescas.

El río corre
hacia el mar
su ejemplar existencia
alegre.

La nube oscura se hace clara
Huvia
y la rosa emerge armónica
del botón abierto.

El espíritu no encuentra carcaj
que le agrade
donde herrumbrar
sus flechas.
Es un eterno enamorado de los blancos
nuevos;
es un arquero
de biceps acerados
y de mirada
recta.

En él no hay círculos absurdos
sino líneas
que hurgan el futuro
y lo rellenan
de realidades caras.

¡Es la vida!
Pero la vida humana que es
rudo ejercicio de plan
y de camino,
ingente esfuerzo de arquitecturación
mejor,
eterno sistema musical

de corazones
briosos.

Hombre hermano,
hermano,
hombre, las horas y los años
pasan;
las cosas
cambian
su perfil, su volumen y su esencia
cada época.

Aprende a comprender
la heroica contracción
múscular
del arquero
de mirada
recta.

Entona una canción
en ritmo con su pecho
hinchado
y repleto
de estrellas más brillantes.

Busca tu modo más sincero
de impulsión
hacia la meta nueva,
vivificándote
la vida.

Refréscate los labios
duros,
enciéndete los ojos
mansos,
llena tu ser de focos de inquietudes
bellas.

Recuérdalo,
es la vida
que obliga a dispararse,
o a caer
para siempre
de rodillas
con el pecho
naufrago.

¡Hombre hermano,
hermano,
hombre, lucha por la meta
nueva!

Rodrigo Facio.

Agosto 29 del 37.

EMOCIONES ESTÉTICAS

XXVI. *El Panteón*.—Veintisiete años antes de Cristo levantó Agripa el Panteón. Primitivamente era cuadrado. Adriano, al reconstruirlo, le dió la forma redonda. Fue

objeto de continuos saqueos. La basílica de San Pedro contiene toneladas de bronce de sus pórticos.

Reposan en su recinto Víctor Manuel II—*Pater Patriae*—, primer rey de Italia, Humberto I y su mujer Margarita de Saboya.

Bajo un altar mirase el sepulcro de Rafael: 6 de abril de 1483—6 de abril de 1520.

Dos viernes santos. Cerca, una tabla de mármol, con estos versos de Tebaldeo: *Ille hic est Raphael, timuit quo hospite vinci Rerum magna parens et moriente mori.*

(Yace aquí aquel Rafael, de cuyo arte mientras vivió, temió la Naturaleza ser vencida, y a cuya muerte creyó morir con él).

María Bibiena—(María Antonii Bibienae), novia del pintor, duerme a su lado.

He ido muchas veces a soñar bajo la cúpula de esta grandiosa ruina, página de historia de veinte siglos. Suenan allí los pasos con rumor subterráneo y el alma se recoge con grave emoción.

...En la época en que Jesús recorría con sus discípulos las llanuras galileas, por estas enormes puertas metálicas desfilaban, entonando himnos a sus dioses, las multitudes paganas.

XXVII. *En casa del conde Mauricio*.—El conde Mauricio me invitó a comer en su bello palacio de mármol en las afueras de Roma.

Aprovechando los instantes en que brilló el sol en este día invernal, paseamos por los jardines ornados de fuentes y de eucaliptos, mientras en lo alto de los balcones alzabase la voz cálida y tierna de la hermana menor del conde, linda rubia que evoca el recuerdo legendario de Lucrecia Borgia adolescente.

Mi noble amigo es un insigne políglota y su erudición asombra en las academias. Relatóme anécdotas estupendas, episodios brillantes, cosas inéditas interesantísimas. El espléndido salón de su biblioteca, con la severa amplitud de un templo griego, contiene más de cincuenta mil obras y una variedad magnífica de objetos preciosos de todas las épocas.

Mi pasión bibliográfica se encendió en aquel recinto. Pero mi voluntad de hombre civilizado, dócil bajo la reciente disciplina de cuatro años de diplomacia, refrenó todo impulso y palabra fuera de tono y lugar.

Con maneras de gran señor puso el conde a mis órdenes aquel imponderable tesoro espiritual, rogándome aceptar algunos de

los raros volúmenes. Rehusé la oferta, conociendo lo que ella significa para un bibliófilo; pero como insistió dos y más veces vine obligado a tomar de sus manos un libro de máximo valor, traducido por él al español en las propias márgenes de sus páginas: una síntesis admirable de las *Memorias de Bober*, emperador de Oriente en el siglo XIV.

XXVIII. *Donna Chenemat*.—Una vez más, ¡han sido ya tantas! vuelvo a recorrer los imponderables museos vaticanos, en donde mi espíritu encuentra balsámico reposo. Cinco horas transcurrieron y me pareció que el tiempo aceleraba su vuelo.

Entre las antiquísimas curiosidades egipcias vi una momia que conserva aún los cabellos, las uñas y los dientes, con cierta expresión indefinible que nunca notara en otros cadáveres. Quizá no sea apropiada esta palabra para concretar la sorpresa que produce. Hállase dentro de un ataúd primitivo, envuelta, o más bien ceñida en ásperas ropas, con la cabeza, las manos y los pies descubiertos.

Leí, con la mente llena de imaginaciones y cosas quiméricas, el fúnebre epígrafe:

contenenti la mummia della donna Chenemat figlia de Sam-Tan

¡Donna Chenemat! Cerrando los ojos veíala correr por un jardín de remotísimas épocas, ágil jovencita de senos en flor, persiguiendo, en el claro día, móviles grupos de mariposas azules.

I pensé con melancólico dolor: ¡Cómo pasan los siglos!

Froylán Turcios.

Roma, 1936.

EL FUEGO

No hay en la naturaleza una substancia que pese tanto como el fuego. La mano menos nerviosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana. No hay al mismo tiempo, nada más leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego, el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda; y ¡iraro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro. Delante de mí lo tengo llameante, insaciable, siempre el mismo y siempre otro. Lo veo entretenido en devorar unos pedazos de encina que no se atreven a resistirlo. ¿A dónde irá así que consuma la última astilla? El está en todas partes. Llamad con lo más frío que es el acero, so-

bre lo más insensible, que es la piedra, y al primer golpe os saltará a los ojos una nube de chispas.

¿Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa? La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

José Selgas.

JEAN RICHPIN

Este cantor, de toisón negro y rostro amarino, ha resuelto parecerse a un príncipe indio, sin duda con el objeto de poder desparramar, sin llamar la atención, un montón de perlas, de rubíes, de zafiros y de crisólitos. Sus cejas rectas casi se juntan, y sus ojos hundidos, de pupilas grises, estriados y circulados de amarillo, permanecen comunemente como durmientes y turbados; coléricos, lanzan relámpagos de acero. La nariz pequeña, casi recta, redondamente terminada, tiene las ventanillas móviles y expresivas; la boca pequeña, roja, bien modelada y dibujada, finamente voluptuosa y amorosa; los dientes cortos, estrechos, blancos, bien ordenados, sólidos como para comer hierro, dan una original y viril belleza al poeta de *Las caricias*. La largura avanzada de la mandíbula inferior desaparece bajo la linda barba rizada y ahorquillada; y ocultando, sin duda, una alta y espaciosa frente, de la cima del cráneo se precipita hasta sobre los ojos una mar de ondas apretadas; es la espesa y brillante y negra y ondulante cabellera.

Teodoro de Banville.

LA BELLE DAME SANS MERCI

(Traducción de Victor M. Londoño).

—¿Qué pena aflige al caballero que errante lleva su dolor?
Los juncos ruedan sobre el lago,
la voz apaga el ruiseñor.

¿Por qué suspira el caballero y así recata la hosca faz?
La ardilla colma su granero,
segado el trigo brilla en haz.

Templa sus sienas de azucena
liviano aliento matinal;
en sus mejillas una rosa
siente nostalgia del rosal.

—Una doncella cruzó el prado
y a perseguirla me lancé;

radiaban ojos y cabellos
al ágil ritmo de su pie.

Asentéla con embeleso
en la grupa de mi bridón;
inclinada sobre mi hombro
me hechizaba con su canción.

Orné de rosas sus cabellos,
ceñíla toda en azahar;
rendido el cuello dulcemente
rompió en mi pecho a suspirar.

Brindóme frutas otoñales,
maná celeste, rica miel;
juró con labios atrevidos
una promesa de amor fiel.

Llevóme a su antro de hechicera
y allí miróme y suspiró.
Puse en sus ojos tantos besos
que al fin los párpados cerró:

I entrelazados sobre el mtsgo,
¡ciego destino! dormí en paz;
soñé por siempre el postrer sueño
sobre la cúspide falaz.

Pálidos reyes, y guerreros
y poetas en aflicción
me gritaban:—¡Estás cautivo
de la bella sin corazón!

Miré la mueca de sus labios
en un rayo de luz fugaz,
y en el flanco del ventisquero
despavorido alcé la faz.

Huésped fatal de la colina,
errante llevo mi dolor...
Los juncos ruedan sobre el lago,
su voz apaga el ruiseñor.

John Keats.

CARTA DE MAX GRILLO

Bogotá, abril 5 de 1938.

Señor don Froylán Turcios.

San José.

Tras de muchos años de silencio vuelvo a escuchar su voz armoniosa, transmitida en las páginas de *Ariel*, antología original en que cada comprimido deleita e ilustra.

Está bien que sea en Costa Rica, nación modelo de idealismo y de libertad, desde donde lance *Ariel* sus dardos apolíneos.

Lo saluda cordialmente su compañero y admirador

Max Grillo.

ESMERALDAS FANTASTICAS

Es quizá la esmeralda la piedra preciosa que más se ha prestado a la superstición, y por su valor real, como por el carácter extraordinario que se le atribuía, ha dado origen a muchas exageraciones, tales como las de decir—como se lee en el *Libro de Ester*—que en el palacio del rey Asuero había una sala empedrada de esmeraldas, para ponderar la belleza de un pavimento que probablemente no pasaría de ser de jaspe verde.

Teofrasto dice haber leído en los libros de los egipcios que cierto rey de Babilonia había regalado a uno de sus reyezuelos una esmeralda de cuatro codos de largo por tres de ancho, y que en el templo de Júpiter, en Egipto, había un obelisco formado por cuatro esmeraldas que juntas tenían cuarenta codos de alto por cuatro de ancho. También se dice que en Tiro uno de los pilares del templo de Hércules estaba formado de una sola esmeralda.

Tanto esas noticias como las que nos transmite Apiano, de que también en Egipto había una estatua de Serapis de nueve codos de alto y toda de esmeralda, hacen creer que dichos autores incurren en la inexactitud de hacernos pasar por esmeraldas las que no fueron más que malaquitas, jaspes, o sencillamente masas de vidrio teñido de verde con óxidos apropiados.

Marcos Jesús Bertrán.

MUERTE DE JUNOT

Andoché Junot, general francés, duque de Abrantes (1771-1813). Bonaparte le distinguió con su amistad y le llevó a Egipto (1798). No obstante su valor y sus cualidades militares disgustó a Napoleón con su conducta. Fracaso luego en Portugal y en España, por lo que el emperador le demostró públicamente su desafecto, afectándose tanto Junot por ello, que se arrojó a la calle por un balcón y murió pocos días después.

Conserve todos los números de ARIEL, pues con los doce de cada 6 meses puede Ud. ir empastando volúmenes importantes de textos que no perderán nunca su interés.

UN ARBOL

(Traducción de Victor M. Londoño).

Un árbol en la sierra
es el mejor poema de la tierra.

Un árbol cuya boca
con ansia exprime el seno de la roca.

Un árbol cuyos ramos
se alzan a Dios en místicos reclamos.

Arbol en cuya cauda
halla calor la golondrina rauda,

y cuyo tronco eterno
desnuda y caía el soplo del invierno.

Dios el árbol anima,
yo—loco trovador—labro una rima.

Joyce Kilmer.

DE JERUSALEN A ROMA

(Fragmentos de mi libro inédito
Luces de todos los Horizontes).

Trece horas y media de viaje por el desierto, entre inmensos arenales y parajes blanquecinos de una aridez calcinada, bajo un cielo de bruñido metal. Para distraer el pensamiento de la monotonía del invariable escenario, de la reverberante blancura de los horizontes, voy anotando las estaciones: Bittir, Wadi es Sarar, Er Ramle, Sid, Isnd, Matjal, Deir Suneid, Gaza, Dir il Bojab, Der et Balah, Khan Younis, Rafa, El Arish, Mazar, Missfak, Kantara. Bir el Aba, Romanah, Ismailía, Zagazig, Minia al Kamh, Benha... Adormecido por el intenso calor, algunas escaparían de esta nómina...

Como a las cinco de la tarde atravesamos el Canal de Suez, a las ocho Ismailía y a las diez y media brillaron ya muy cerca las luces de El Cairo.

El Cairo, 16 de agosto de 1934.

Estoy en el Hotel Central, en la Plaza de la Opera. Se halla mi cuarto frente a la estatua ecuestre de Ibrahim Pachá.

Después del baño tomé un automóvil; y, poco después subía, con un dragomán, las doscientas tres gradas de la Gran Pirámide de Queóps, desde cuya altura de ciento cuarenta y dos metros descúbrese una vasta amplitud de tierras, aguas y horizontes: próximos, El Cairo, el Nilo, aldeas y pueblos, verdes campos; y, más lejos, el desierto de Sahara.

Pensaba, de pie en la cumbre de una de

las siete maravillas del mundo, en algunas de las síntesis de mis últimas lecturas:

Pirámide, en egipcio *pir-m-us*, salida de la tierra, resurrección, tumba de los faraones.

La de Queóps—*dos millones trescientos mil bloques de piedra de dos toneladas y media cada uno—el peso más pesado que hayan alzado jamás brazos humanos.*

“Según los descubrimientos más recientes, el Egipto de las pirámides no es el comienzo sino el final y acaso la decadencia de un Egipto más antiguo. Su evolución prehistórica es, cuando menos, tan larga como los cuatro mil años de su historia.”

“En vísperas de nuestra gran impiedad, el más grande de entre nosotros penetró en el santo Egipto: Napoleón fué el primero que entró en este país y comprendió que desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos nos contemplan.”

Aquí es donde conviene que empiece mi camino—dice Peer Gynt.

“La extensión del Egipto es ínfima, un trozo de tierra, un punto; pero ese punto se mueve sobre la línea infinita del Tiempo.”

“El profundo y suave valle del Nilo, abrigado por todas partes, fué cuna de la Humanidad. Una y la misma palabra significa en egipcio *descender y volver a la patria*, descender al valle del Nilo, tenderse en la cuna.”

“Tierra negra—*Quemet*—es el nombre del propio Egipto.”

“El Egipto nos produce esta doble impresión: la de una infinita vejez, y la de una novedad igualmente infinita.”

“Menfis y Heliópolis están más cerca del porvenir, son más *apocalípticas* que todas nuestras ciudades contemporáneas. Las agujas de piedra de los obeliscos, en las plazas de Constantinopla, de Roma, de París, de Nueva York y de Londres, son eternos jalones del camino de la Humanidad, del camino que va de la Atlántida hacia el Apocalipsis.”

Así, con Merejkowsky, *sentía* yo el Egipto, inmóvil en la cumbre de la vasta pirámide.

I, al bajar, voy mirando, en una lejanía infinita de los milenios, los ojos sobrenaturales de Rachotep, en la estampa asombrosa; la de Rachotep—Chufu, el que construyó este monumento, *el más gigantesco de cuantos existen en el mundo*; y, repitiendo las palabras de Filón de Bizancio: “En las

pirámides los hombres subían hasta los dioses y los dioses bajaban hasta los hombres,” y las de Meyer: “Sueño sobrehumano que fué realizado una vez en la tierra y que no se repetirá nunca.”

Una hora permanecí frente a la Esfinge... ¡Había meditado tanto en la portentosa figura simbólica, mezcla terrible de hombre y de león, abuela quizá de las pirámides!

El monstruo pétreo es una enorme ruina con anchas grietas que, a pesar de sus dimensiones, (57 metros de longitud; la cabeza 9 metros de largo y la cara 4 de ancho) y de sus múltiples leyendas, no me produjo la emoción que esperaba... Mi fantasía—desechando los textos precisos y matemáticos,—dábale proporciones hiperbólicas, juzgándola carne de un granito compacto semejante al hierro o al pórvido oscuro, asentada entre vastos arenales amarillentos.

Pasé la tarde en las ruinas de Menfis, silencioso ante la colosal estatua de Ramses II, la Esfinge de alabastro, la necrópolis de Sak-kara, el hipogeo de los bueyes Apis, el sepulcro de Mereruka.

Después, hasta la medianoche, recorría pie las calles céntricas de El Cairo, brillantemente iluminadas. Ciudad moderna, de un millón cien mil habitantes, puede muy bien figurar entre las más bellas metrópolis europeas. Hállase al pie de los montes Mokattam, a la derecha del Nilo, donde éste se divide en los brazos de Damietta y Roseta. Pudieran considerarse tres ciudades en ella; la formada por la parte árabe y los barrios de Ismailía y Teufiquiyé, Mars-el Atika (viejo Cairo) al sur, con la isla de Roda separada por un brazo del Nilo y el arrabal de Bulak con la isla de su nombre, al sur de los barrios europeos. Las amplias avenidas están sombreadas por frondosos eucaliptos, acacias y palmeras. Quinientas mezquitas y capillas levántanse en su recinto, siendo la más bella la del sultán Hasán, construida en 1359. Las de Amrú e Ibn Tulún son las más antiguas; la primera cuenta más de doce siglos.

El Cairo, 17 de agosto.

Destiné las horas de esta mañana al Museo Nacional, instalado en un edificio magnífico. Es de una gran riqueza milenaria. Joyas, armas, muebles, momias, sarcófago del remotísimo Egipto véense allí, expuestos en las más perfectas clasificaciones. En un salón especial, vasto como un templo

A R I E L

existen los valiosísimos objetos extraídos de la tumba de Tutankhamen, que reinó mil setecientos años antes de Jesucristo.

Recordaba mirándolos algunos maravillosos episodios relativos a las momias famosas. (*)

Estuve en la tarde en el Jardín Zoológico, uno de los mejores del mundo, sitio ameno de frescura gratísima. Después recorrí un gran trayecto del Nilo en una cómoda barca.

El Nilo, que al pasar por El Cairo tiene una anchura de cuatrocientos metros, recorre cerca de seis mil kilómetros desde el lago Victoria hasta el Mediterráneo. Es un hermosísimo río de aguas serenas que se deslizan con inalterable lentitud.

El Egipto, don del Nilo—dice Herodoto. Así es.

En el espléndido parque vecino a mi hotel—Esbekiya Garden—, poblado de corpulentos árboles, con ejemplares preciosos de las faunas africana y asiática, oí un concierto extraordinario, motivado por no recuerdo qué acontecimiento nacional. Págase una pequeña cuota en las puertas de entrada. Centenares de bellas mujeres desfilaban por las avenidas brillantes como en pleno día. La música era excelente, el aire sutil, oloroso a sándalo... Conservaré durante mucho tiempo la impresión de aquellas horas ligeras.

El Cairo, 18 de agosto.

Visita a las pirámides de los reyes Khafra y Micerino. La primera de 137 metros de altura; la última, aunque de menor importancia por su volumen, es superior a las otras dos de Giseh, por la calidad de sus materiales y por la perfección de su trabajo re-

(*) Véase página 14—número I de *Ariel*. 1º de septiembre de 1937.

Más de ochocientos ejemplares de *Ariel* enviamos, cada quince días, a los mejores periódicos y revistas del mundo, a los grandes poetas y escritores y a las Universidades y Bibliotecas Nacionales de los países de Europa, América, Asia, Africa y Oceanía.

vestido de granito rosado.

Volví a contemplar la gran Esfinge—otra de las maravillas del mundo—y persistió en mí la primera impresión. De todos modos es portentosa y digna de la celebridad que le prodigan los siglos.

En el Museo Arabe y en la Biblioteca Kedival permanecí en la tarde, de las dos a las cinco; visitando después la ciudadela que construyó Saladino y las mezquitas del sultán Hasán, el-Hasanén y el-Ahmar.

Un joven babilonio, que hace aquí sus estudios, me hizo conocer la Universidad.

—Diez mil estudiantes se mueven en este amplio edificio—me explicó. Es éste uno de los centros científicos más valiosos que existen.

Lo comprobé en parte en el tiempo que en él permanecí.

Paseamos luego en automóvil y en un vaporcito por el Nilo. Me llevó a la Opera, al sitio en que vivió Bonaparte, y, en la isla de Roda, al lugar en que Moisés fué recogido por la hija del faraón.

En ir y venir por calles y bazares pasé el resto de la jornada.

Las tres horas de tren, entre El Cairo y Alejandría—las dos mayores ciudades de Africa—son interesantísimas. Vemos a Benha, las poblaciones de Tantah, Kafr ez Zayat, Damanhur, la antiquísima Tum en Hor (ciudad de Horus), y después de Kafr ed Dahuar vamos por la margen del canal Mahmudyeh, construido por Mehemet Ali, circulando la orilla del este del Bahret Maryut (lago Mareotis). Por sus brazos veía yo deslizarse las barcas de altísimas velas, y, por todo el trayecto, las interminables filas de plateados eucaliptos en las riberas de las aguas. Hay millones de estos balsámicos árboles en Egipto, que se delata por su aroma, así como la isla de Cuba—según Chateaubriand—por el olor a vainilla, desde la costa de la Florida.

Alejandría, 19 de agosto.

Vuelvo a Iskanderiyeh, nombre árabe de Alejandría; y, desde la mañana hasta las nueve de la noche, no he descansado un instante, recorriéndola por todos sus extremos. Detengo el automóvil cada cinco minutos para contemplar sus palacios, iglesias y plazas; entre éstas la de Mehemet Ali con su estatua ecuestre, la columna Pompeya, de granito purpúreo, (la misma que se erigió en el Serapeum, glorificando a Diocleciano, tres siglos antes de Cristo), los mag-

níficos jardines, los escombros de los históricos monumentos; dedicando tres horas al Museo Arqueológico y al de Antigüedades greco-romanas; y, al término de la tarde, al gigantesco faro—otra de las siete maravillas del mundo—desde cuya altura de ciento treinta y tres metros su formidable foco lanza su luz a varias leguas sobre el Mediterráneo.

A las diez de la noche vi apagarse en la distancia las luces de Alejandría...

Port-Said, 22 de agosto.

Al amanecer ancló el *Tevere* frente a Port-Said. Miro otra vez los grandes árboles a la orilla de los muelles y los paquebotas destinados hacia el Mar Indico.

En automóvil hice una excursión a la orilla del canal y en la tarde estuve en la plaza de Lesseps, en la iglesia franciscana de Santa Eugenia y subí al faro de 53 metro de altura.

A bordo del *Tevere*, frente a Jafa, el 24 de agosto.

Contemplo en esta mañana con tristeza el puerto que vi hace cuatro meses con tan profunda emoción. Sólo me separan de Jerusalén tres horas de viaje, estoy otra vez a sus puertas, y, sin embargo, ya nunca la volveré a ver. Pienso con dolor en el tiempo que viví en su recinto, en mis carinosos amigos, en el descanso espiritual que en ella encontré, en tantas hondas venturas que llenaron suavemente mi corazón. Ah, dulces días de ensueño y de paz, muertos para siempre.

Caifa, 25 de agosto.

Bajé a tierra poco después que el vapor atracó al muelle, partiendo en automóvil para las ruinas de Caifa Vieja, que fué la

Ciudad de los Sicomoros, de nuestra Era, y más allá, al sitio en que existió la Ciudad de Púrpura. Después recorrí San Juan de Acre, la Tolemaida de los Macabeos. Figura en primer término en los anales de las Cruzadas, siendo en 1104, tras de su conquista por el rey Balduino I, el puerto mayor de la Tierra Santa. Reyes y príncipes la arrancaron en 1191 del poder de Saladino, convirtiéndola en capital del reino cristiano. Transcurrido un siglo la tomó a viva fuerza el sultán Malek-el-Aschraf, degollando a sus defensores. Bonaparte intentó conquistarla en 1799; pero, a pesar del heroico empuje de sus tropas, fracasó en todos sus asaltos. Fué defendida por el anciano jefe Geezar, a quien los ingleses proporcionaron cañones y toda otra clase de elementos bélicos. Los crueles mahometanos hicieron una atroz carnicería con los heridos franceses asilados en el Convento del Carmelo. Fuí a la ciudadela y a la mezquita de Geezar Bajá, y llegué al sitio en que hace más de setecientos años desembarcó San Francisco de Asís.

Desde la cumbre del Monte Carmelo—que fué la residencia del profeta Elías—admiré por la última vez la hermosa llanura de Esdrelón. Penetré en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, del siglo XVIII, en forma de cruz griega y estilo italiano. Luego vi el monumento en honor de los soldados franceses que perecieron asesinados por los musulmanes, y el palacio de Abdalah, sobre el que brilla el faro que se distingue desde el mar a una distancia de diez leguas y cuya fulgor se apaga y reaparece cada dos minutos.

Beyrouth, 26 de agosto.

En este claro amanecer contemplo a Beyrouth, la floreciente capital de Siria, la antigua Beyritus fenicia, que Herodes llenó de jardines y palacios, y en donde, en el siglo VII, Cosroes persiguió a muerte a los cristianos, derribando sus monumentos.

Un samaritano compañero de viaje, que residió aquí mucho tiempo, me hizo conocer la ciudad, en la que permanecí todo el día, yendo y viniendo por sus plazas, avenidas y bazares.

Pocas veces he admirado un crepúsculo vespertino tan maravilloso como el de hoy. Fué como un deslumbramiento celeste, como una apoteosis de matices y de luces en su máxima potencia. Fulgurantes lienzos de púrpura estriados de violetas, oros y zafiros, dilatábanse en las lejanías del ocaso; y, más

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale.... \$ 1.50

Número del día..... 0.60

Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

alas, extendíanse, como gigantescas alas, densas nubes de un verdor metálico. El panorama de fantástica magnificencia duró doce minutos. Fué lentamente atenuándose y perdiendo en rosas y lilas indecisas hasta confundirse con las sombras.

Froylán Turcios.

(Continuará).

ULTIMA PAGINA

(Traducción de Victor M. Londoño).

Primavera: sonrisa de las cosas, los ramos
de flores y huéspedes parleros;
octubre marañaba la arena en los senderos..
¿Recordas? Bajo el cielo de octubre nos amamos.

Verano: sin testigos, cabe la mar llegamos;
corno deshojaba los álamos ligeros;
dentado el pecado; te acercaste, pecamos...
¡ah! la primer sonrisa, tus abrazos primeros!

Sobrecano el invierno: saltaste a mis rodillas;
besé con largo beso tu boca y tus mejillas;
añó con viva llama tu núbil cuerpo en flor.

¡Oh cose! ¿Qué ambiciones? Corazón ¿qué más quieres?
Hay en las estaciones y pasan las mujeres,
yo que he amado tanto desconozco el amor.

Olavo Bilac.

UN GRAN JARDINERO

Andrés Le Nôtre, jardinero francés creador de las magníficas posesiones reales de Versalles (1613—1700). Pintor, dibujante y arquitecto a la vez, resolvía las mayores dificultades técnicas y artísticas y dominaba a la Naturaleza. Luis XIV, que le estimaba mucho, despachaba con él como si fuese un ministro. Saint-Cloud, Fontainebleau, Saint-Germain, Chantilly, Sceaux, etc., contienen obras de Le Nôtre.

Toda la correspondencia, revistas, libros, folletos, periódicos, etc., destinados a la revista ARIEL, deberán venir con esta dirección:

A R I E L

Apartado 1622.

San José de Costa Rica,
América Central.

PALABRAS CORDIALES

—Al poeta y escritor Froylán Turcios, gloria de las letras americanas, mi estudio sobre *Los Símbolos*, con el ruego de la última de sus obras, para regalo espiritual de su devoto admirador.—Carlos H. Ruiz. (Dedicatoria de *Libro Centenario*. Guatemala, 1938).

—Para el maestro y amigo Froylán Turcios, con agradecimiento por el deleite que nos proporciona con su incomparable *Ariel*.—J. Amaya. (Dedicatoria de su libro *Los precursores de Shakespeare*, México, 1938).

DITIRAMBO DE OTOÑO

(A Rubén M. Campos).

Tú que burlar pudiste a la sirena
en las aguas ciclónicas, e idemne
llegaste a la ribera, prócer nauta,
recibe plácemes.

Aladino su lámpara te diera
y Fierabrás su aceite melodioso,
y aun te deleita en noches estentóreas
la miel antigua.

Poeta que fulguras en el códice:
la epidermis del jade ha florecido
en los otoños lentos del cenizante
innumerable.

Muestra, oh amigo, en el rayano júbilo
de este día cobalto tus sesenta
abrilés tan lujosos y prométenos
la clave mágica.

Anadiómena esplende como nunca
y se baña en la alberca de Juvencio.
Aun hay fiesta de púrpura en los mirtos.
¡Ruja la envidia!

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F. 2, mayo, 1936.

LA MUERTE DE MARIA ANTONIETA

¡Ríase usted de todos esos idealistas que creen posible la igualdad, la fraternidad humana! Mientras el mundo exista, existirá la ley de castas y la diferencia de clases. El poder real es el poder real, la aristocracia es la aristocracia y el pueblo es el pueblo. ¡Si lo sabré yo, que soy el hombre más grande que ha producido la Revolución francesa!

Voy a contarle a usted lo que me ocurrió en esta mi segunda aparición en la vida.

Hay en Madrid, en la llamada calle de Tudescos, una casa triste, lóbrega, sin sol y sin aire, que amenaza venirse abajo, rendida por la pesadumbre de los años. Pues bien, en esa casa ha vivido, hasta hace poco, la propia María Antonieta, reina un tiempo de Francia.

Yo la vi una tarde asomada al balcón y quedé deslumbrado ante su belleza soberana. Luego pensé: *¡Pero si yo conozco a esa mujer!* I seguí reflexionando: *¡Vaya si la conozco!* Pero no acertaba a averiguar quién era. Hasta que mi cerebro se iluminó de pronto con la luz de una idea: *¡Pues si es la Austriaca!*

Sí, aquella mujer era la propia imagen, el propio retrato de la pobre reina guillotizada. Como ella tenía la frente alta y serena, los ojos azules, los cabellos rubios—de un rubio pálido, color de oro viejo—la boca altiva, la nariz aguileña...

La ilusión era completa. Estaba en presencia de María Antonieta rediviva. I tuve tentaciones de saludarla con una reverencia de *minue*.

Usted dirá: *¿Pero cómo podía ser aquella mujer María Antonieta?* La verdad, no sé qué responderle. La vida está llena de estos hechos inexplicables.

Sin embargo ¿por qué no creer que hay seres extraordinarios a quienes Dios concede el privilegio de gozar de dos o más existencias? Yo soy uno de esos seres extraordinarios. Fíjese usted en mí. ¿No me reconoce usted? Esta fealdad grandiosa de mi rostro debe ser para usted una revelación. Dios sólo ha hecho un hombre semejante a mí—dijera mejor un monstruo: Mirabeau. I al no ser yo Mirabeau, claro es que tengo que ser por fuerza Dantón.

Sí, sépalo usted; yo soy el famoso convencional del 89, el compañero de Marat y Robespierre, el hombre de las matanzas de septiembre; yo soy aquel que dijo al verdugo

al pie de la guillotina: *¡Enseñaras mi cabeza al pueblo, que bien vale la pena de que la vea!* Yo soy Dantón redivivo ¿querrá usted creerlo? Así como yo me doy cuenta de mi existencia, así como yo sé quién soy, María Antonieta, en cambio ha olvidado por completo su historia, su pasado ignora quién es y no hay modo de convencerla de que ha nacido en Viena y que es hija de María Teresa y viuda de Luis XVI.

Yo le hice el amor con fines puramente altruistas; yo intentaba, al casarme con ella, realizar la unión entre la monarquía y el pueblo. I María Antonieta me ha rechazado, se ha burlado de mí. ¡Si no hay modo de hacer compatible lo que es fatalmente incompatible!

Yo me dirigí a ella con el siguiente discurso:

—Señora:—Vengo a proponeros la alianza del poder real con la revolución. El siglo XX no es el siglo XVIII. Ya no hay clases ni privilegios. Su igual humano es un hecho y María Antonieta bien puede ser la esposa de Dantón.

Ella se echó a reír

—¡Pero está usted loco!

Yo continué imperturbable:

—¡Qué felicidad haberla encontrado a usted en esta triste casa de la calle de Tudescos! ¿Pero por qué ha abandonado usted su palacio de las Tullerías? ¿Viene usted acaso de Versalles o de Marly? ¿Dónde está su corte amable de adoradores? ¿El conde de Artois? ¿El de Provenza? ¿Los caballeros Coigny, Fersen, Vaudreil, Lauzun y tantos otros? ¿Dónde sus damas? ¿La princesa de Lamballe? ¿El buen rey? Permítame usted, señora, que la salude con una reverencia de *minué*. Permítame usted que besé con toda cortesía su mano real. No, no se asuste usted, no me mire con esos ojos de espanto. Yo ya no soy el Dantón de aquellos tiempos terribles. Yo soy ya otro hombre distinto. Si quiere usted estoy dispuesto a gritar *¡Viva la Monarquía!*, a condición de que usted grite *¡Viva la República!* Hagamos un pacto: unamos a la vieja Tiranía con el pueblo emancipado. ¡María Antonieta casada con Dantón! ¿por qué no? Ya le he dicho a usted que estos son otros tiempos. Además, el odio de la Revolución nos ha igualado. ¡Piense usted que nuestras cabezas han podido besarse en la trágica cesta del verdugo Sansón! Yo abjuro, señora, en honor de usted, de todos mis ideales políticos. Dantón se declara cortesano de María Antonieta.

HEIDI

por Juan Spyri.

Narración para los niños y para los que aman a los niños.

€ 4 el ejemplar en la *Librería Ariel*.

A R I E L

¿Cómo no ser vasallo de tal reina? Imagínese usted por un momento que soy el conde de Artois o el de Provenza, que soy uno de tantos caballeros de su corte de amor. Permítame usted que me arrodille a sus pies, como cumple a un buen cortesano. ¡Oh reina y señora, yo la adoro con toda mi alma!

Ella me miraba asustada, sin saber qué responderme.

—¡Me da usted miedo! ¡Yo no soy María Antonieta!

—¡Ah! ¿Te obstinas en negar? ¡Tú eres María Antonieta! ¡Tú eres la Austriaca!

Y la cogí furioso por un brazo. ¡Dantón estaba con la calentura!

—¡Súteme usted!

—¡Declara que eres la Austriaca!

—¡Perdón! Soy inocente.

—¡No!

—¡Socorro! ¡Socorro!

Le eché las manos al cuello.

—¡Muere, pues, ya que no quieres ser mía!

.....
Por eso le decía a usted que no es posible la alianza entre el poder real y el pueblo.

Miguel Sawa.

EL POEMA MAS BELLO

Hay que leer a San Pablo, en su *Epístola a los Corintios*, capítulo trece, para encontrar el Poema más grande que el lenguaje humano ha rimado en todos los siglos.

San Pablo fué un iniciado en las más altas ciencias que han iluminado el corazón del hombre con los más bellos pensamientos.

Pero con ese poema llegó a sorprender la totalidad más dulce que puede escucharse en el curso de los tiempos.

Es el Poema de la Caridad. Y así dijo San Pablo:

Libros de Emilio Zola

<i>Lourdes</i> , 2 tomos, pasta.....	7
<i>Roma</i> , 2 tomos, pasta.....	8
<i>París</i> , 2 tomos, pasta..	8
<i>Trabajo</i> , 2 tomos, pasta..	8
<i>Verdad</i> , 2 tomos, pasta....	8
<i>Fecundidad</i> , 2 tomos pasta..	8

LIBRERIA ARIEL.

Frente a la Capilla del Seminario.

“Si yo hablara en el lenguaje de los hombres y los dioses sin que mi lenguaje lleve la nota de la Caridad, mi voz se torna cual el ruido del címbalo sin ninguna importancia.

Si yo ofrezco las visiones de mi profecía y comprendo todos los misterios del conocimiento, aunque marche bajo la lumbre de una fe profunda que remueve montañas, pero sin llevar adelante una nota de Caridad, vuelvo otra vez a las tinieblas y mis profecías se pierden en los abismos del vacío.

Si yo ofrezco todos mis bienes para alimentar a los pobres y consumo en una hoguera mi cuerpo, sin que ofrezca mi sacrificio en aras de la Caridad, mi holocausto no tiene ninguna significación ni beneficia a los hombres en manera alguna.

La Caridad no es ostentosa: sufre y es dulce como el amor: busca para otros el bien: no imita, ni ruega, ni pide: obra sencillamente al través de las tinieblas y los más rudos dolores.

Nunca se regocija en la desgracia: enjug lágrimas para ofrece las frescas caricias del consuelo.

Es el pozo de agua pura donde refrescamos nuestros ardores más agudos para volvernos felices

La Caridad no se arrepiente porque nunca falla en sus benéficas obras. Sus brazos están abiertos para todos: el dolor es el patrimonio de los hombres.

Fe, Esperanza y Caridad son las tres cuerdas que resuenan en el arpa de o o del corazón humano. Una mano invisible hace vibrar esas tres notas por las cuales habla el mismo Dios para hacerse sentir en lo más hondo del sentimiento y la emoción.

Pero la Caridad que es la Compasión divina, tal como dice La Voz del Silencio: “Es la Ley de las leyes, el Yo de Alaya; esencia universal e infinita; la Luz de la eterna Justicia y el concierto de todas las cosas, la Ley del amor eterno.”

Hay que leer ese Poema de San Pablo y comprender su íntimo secreto y luego tornarlo en nuestro propio espíritu sangre de nuestra sangre, nervio y alm de todas nuestras obras y pensamientos.

Y solamente con esa nota podemos llegar confundirnos con la infinita Creacion en todos los universos.

Timoteo Miralda.

S. F. California, abril 15,
1938. (*Viernes Santo*).

DIAS QUE FUERON

(Traducción de Victor M. Londoño).

Vanos hilos de llanto que ascendéis a mis ojos
y brozáis en la hondura de un divino tormento
¿añoráis la dulzura de los campos de otoño?
¿Evocáis la tristeza de los días que fueron?

Regalados y tibios, con el tinte de nácar
de la aurora en las velas del esquiife ligero
que conduce a la playa los amigos lejanos;
o apagados y fríos como el rayo bermejo
que predice el naufragio de las prendas amadas,
así claros o grises son los días que fueron.

Así lánguidos, turbios—como al alba sombría
rumor de golondrinas oye el pálido enfermo
y con ávidos ojos por la abierta ventana
mira el campo—así fríos son los días que fueron.

Caros como los besos que idealiza la muerte,
hondos como los finge sobre labios ajenos
la inútil esperanza; como el amor recónditos...
¡Oh la muerte en la vida! ¡Oh los días que fueron!

Alfredo Tennyson.

SIESTA

(Traducción de Victor M. Londoño).

Cuando al llegar las tardes calurosas
hunda la espalda entre los musgos secos,
sin que mi aliento altere el de las rosas,
sin despertar los adormidos ecos,

daré mi vida al volador impulso
del fácil tiempo; y desdeñando en calma
del universo el piélagos convulso,
un blando sueño invadirá mi alma.

Bajo la luz que los espacios llena
mientras se inunde en éter mi pupila
y una inmutable placidez serena
siento que dentro el corazón destila,

¿qué harán los hombres?—pensaré... I el vano
sueño de amor y el odio que desmaya
me arrullarán con el rumor lejano
de ignoto mar al sacudir la playa.

Sully Prudhomme.

La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

CURIOSIDADES IMPORTANTES

—En el Indostán, para conocer la verdad de una acusación, echan la serpiente llamada *naga* a un profundo hoyo hecho en la tierra, en el que se deja caer un anillo, un sello o una moneda, que el acusado está obligado a coger con la mano. Si le muerde la serpiente es declarado culpable, y, en el caso contrario, inocente.

—Los perros no entraban nunca en Roma en el templo de Hércules. ¡El olor de la masa que había dejado el dios a la puerta, bastaba todavía, después de catorce siglos, para alejarlos de ella!

—El jeque de Suakem se apoderó de un pequeño cocodrilo, le domesticó y le conservó en un pilón, cerca del mar. El animal, cuando se hizo de gran tamaño, siguió con él siendo muy dócil; el príncipe se montaba sobre él y hacía que le llevase así por un espacio de más de trescientos pasos.

—Un viajero ha visto con sorpresa pesados hipopótamos, animados por el ruido marcial de una marcha guerrera, seguir a nado a los tambores por el curso de un río.—(*Viajes y descubrimientos en Atrica, por Oudney*).

—El jugo del grano de *datara* se emplea por los portugueses de Goa: lo mezclan—dice Linschoft—a los licores que acostumbran beber, cayendo, por veinticuatro horas al menos, en un estupor acompañado de una risa continua tan irresistible que nada de cuanto se haga ante su vista les afecta; cuando recobran sus sentidos, no conservan ningún recuerdo.

—Varrón dice que las magas de Italia, atrayendo junto a ellas al viajero confiado, le hacían tomar una droga que le cambiaba en bestia de carga. Cargábanle entonces con su indumentaria, y luego, al fin del viaje, le devolvían su primera forma.—*San Agustín, (De civit. Dei, libro XVIII, cap. 17 y 18)*.

—En Etiopía había—según Diodoro—un lago cuadrado de ciento sesenta pies de costado (40 pies de lado). Contenia agua de color de cinabrio que exhalaba un olor agradable. Los que de él bebían caían en un delirio tal, que confesaban todos sus crímenes, aun aquellos casi olvidados por el tiempo remoto en que se cometieron.

AMIGO PELIGROSO

Uno de aquellos amigos del Barrio Latino invitó una vez a León Gambetta a acompañarlo por la noche al teatro donde Napoleón II

A R I E L

y la emperatriz irían. Cuando la carroza imperial hacia el trayecto, una bomba explotó bajo de ella. Los esposos imperiales se salvaron. El amigo era Orsini, el autor del atentado. Gambetta tuvo la suerte de que la policía no hiciera caso de él y no lo complicara en el asunto.

SEMBLANZA

Mira, yo tengo el corazón sencillo
en las cosas de amor; pero en la pena
ante la frente de arrogancia llena
y ante ninguna decepción me humillo.

No me fascina el mentiroso brillo
de cuanto fragua la ambición terrena:
será la tierra de mi tumba ajena
como el sendero que animoso trillo.

Bien sabe el mundo que crucé de prisa,
que en los festines del humano enjambre
ni alcé la copa ni ofrecí la risa;

que no he pedido a la fortuna excesos:
no más que un pan para saciar el hambre
y un hoyo negro en que arrojar mis huesos.

Victor M. Londoño.

PESADILLA DANTESCA

Tengo grabados en mi memoria los detalles de la visita que hice en Comayagua a mi infeliz amigo, el exquisito poeta Ramón Ortega, previa a la moción que presenté y triunfó en el Congreso para que se destinaran dos mil quinientos dólares a su curación en un sanatorio de los Estados Unidos.

La vieja casa que le servía de albergue era de una sola pieza, excesivamente grande y con el piso en plena ruina. Al entrar, en un amanecer del final de diciembre de 1921, vi a Orteguita en un rincón, sentado frente a una mesa, comiéndose un huevo en su cáscara, a la luz de una vela.

Comprador de libros: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

—Está cenando—oí que murmuraban en la penumbra.

Pedí que no le interrumpieran. Yo esperaba a que terminara de comer. Ya en un escaño, la sórdida lobreguez de aquella vivienda se impuso en mi espíritu. En la semi-obscuridad erraban como fantasmas dos o tres miserables ancianas, altas, amarillentas, escualidas; y el viento, penetrando por las oquedades de las paredes y del tejado, producía un ruido lúgubre. Sentíase allí una humedad extraña, una atmósfera de necrópolis, un fúnebre silencio.

Los minutos me parecían interminables... En la mesa, el ausente amigo continuaba metiendo trocitos de tortilla en el huevo, con una lentitud parsimoniosa, como si se tratara de un rito solemne. A veces llevábase el cascarón a la boca, aspirándolo con la delicia con que un dipsómano apura una copa de coñac. I vuelta a los pedacitos de tortilla y a los ademanes y gestos circunspectos. Su sombra encogíase y alargábase en la pared al compás de sus movimientos. I las decrepitas mujeres se esfumaban y reaparecían, acercándose y alejándose, como si no tocaran el suelo con los pies.

De pronto mis ojos se encontraron con otros ojos que me examinaban fijamente, con una expresión equívoca de sorpresa y de espanto. Brillaban como los de los gatos, en una cara inmóvil de blanca sepulcral, que surgía de un lecho a pocos pasos de mí... Recordé entonces lo que me contaran del desventurado padre Ortega, víctima de la demencia y la parálisis desde su juventud...

Mirando a Orteguita hundir por la centésima vez su tortilla en el claro cascarón; con el ánimo turbado en aquel ambiente de angustia; con un vago malestar físico producido por la mirada cada vez más espectral del miserable paralítico, por las sombras errantes de las pobres mujeres y el rumor del viento en la despacible estancia... me levanté sin el menor ruido para escapar de aquella pesadilla.

Pero, cuando me encaminaba hacia la puerta, Ramón saltó de su taburete y corriendo me dió alcance, abrazándome entre expresiones de excusa por su tardanza en atenderme y haciendo rápidas reminiscencias de nuestra antigua amistad: todo con palabras precisas de la más perfecta lógica.

...De improvviso, y mientras era yo de nuevo atraído por los inquietantes ojos del sacerdote demente, la razón del desventurado poeta se apagó como una luz en un abis-

mo, prorrumpiendo en una risa semejante a un sollozo, que heló mi sangre y retuvo mi alma en un círculo obscuro de piedad y de horror.

Froylán Turcios.

Abril de 1938.

DISTRACCION FUNEBRE

Para distraer Baudelaire *su pesada y asfixiante melancolía* buscaba distracciones en todas partes. Por eso solía encontrarse con frecuencia en un célebre baile de la calle de Cadet, del que Julio Claretie ha trazado un pintoresco esbozo.

—Allí—dice Claretie—pasaba con el rostro grave y el continente altivo entre aquellos calaveras y aquellas bailarinas, ahogando bajo los trompetazos de la orquesta el sueño interior y morbosos que llevaba en su alma a través de la vida. Era como una viva paradoja en este medio ambiente de bacanal.

—¿Qué hace usted allí, Baudelaire?—le preguntó un día Carlos Monselet.

—Amigo mío, veo pasar cabezas de muertos.

LA BELLA EN EL BOSQUE

Entró la bella en el bosque del brazo de su galán, y se oyó un beso, otro beso y no se oyó nada más. Una hora en el bosque estuvo; salió al fin sin su galán; se oyó un sollozo; un sollozo, y después no se oyó más.

José Martí.

SINTESIS TRASCENDENTALES

He aquí los ocho números sintéticos de la monumental obra de Camilo Flammarion *La Muerte y su Misterio*:

1º Los seres humanos fallecidos, es decir, los que denominamos *muertos*, existen aún después de la disolución del organismo material.

2º Existen substancias invisibles, intangi-

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL**. Frente a la capilla del Seminario.

bles, que no perciben nuestros ojos, que no pueden tocar nuestras manos, que nuestros sentidos no pueden apreciar en las condiciones normales y habituales.

3º En general no se manifiestan. Su modo de existencia es totalmente distinto al nuestro. A veces dominan nuestro espíritu, y en ciertas circunstancias pueden probar su supervivencia.

4º Al influenciar nuestro espíritu, y por ende nuestro cerebro, son vistos y percibidos por nosotros bajo formas sensibles; los vemos tales como los hemos conocido, con sus ropas habituales, su aspecto, sus movimientos y su personalidad, siendo indudablemente nuestra retina interior quien los ve. Es una percepción de alma a alma.

5º No son éstas ni alucinaciones ni ilusiones imaginarias, sino que el ser invisible se hace visible.

6º Pueden manifestarse también en formas objetivas.

7º En gran número de casos las apariciones de difuntos no son intencionadas. El muerto no obra expresamente sobre el espectador. Parece como si continuara vagamente ciertas costumbres, como si fluctuase por los lugares en que ha vivido o no lejos de su sepulcro; pero no olvidemos que son apreciaciones humanas por nuestra parte, y que la distancia no cuenta para los desencarnados. Del alma emanan ondas etéreas, que al recibirlas el receptor se transforman en imágenes para el cerebro que las recibe, vibrando con sintonía.

8º Las apariciones y manifestaciones son relativamente frecuentes en las horas inmediatas al fallecimiento, y su número disminuye a medida que se aleja éste.

A FROYLAN TURCIOS

Para tí que levantas altivo la cabeza, que ostentas sobre el pecho heráldica armadura y el gonfalon del Arte fremolas con bravura en la noble cruzada por la santa Belleza;

Para tí que te embriegas del vino que embelesa y al saborear el néctar de divina ternura, has libado también el cáliz de amargura que han bebido los Cristos que oran por la grandeza;

Para tí, trovador que sueña y que delira con la armonía azul de la homérica lira; que cubres tus espaldas con olímpica clámide;

Para tí que ambicionas llegar hasta la meta en la heroica ascensión de la eterna pirámide, ya vibra de la Fama la mágica trompeta.

Luis H. Debayle.

Album de Froylán Turcios.

A R I E L

CARTA DE RUFINO J. CUERVO A SU ESPOSA, SOBRE LA EDUCACION DE SUS HIJOS

Si yo muriese, tú tienes el deber de educarlos; ponlos en una pensión o casa de educación, recomendando con particularidad que aprendan los principios de moralidad y honor, la gramática castellana, la aritmética, el dibujo lineal y una buena escritura; cuida después de que aprendan algún arte u oficio, sea cual fuere, con tal que tengan ocupación honesta con qué subsistir. No tengo la vana pretensión de que mis hijos ocupen puestos elevados en la sociedad, ni tampoco quiero que sigan por la carrera de la Medicina o del Foro, como están haciendo casi todos nuestros jóvenes. La patria no necesita de muchos médicos y abogados, sino de ciudadanos laboriosos que cultiven los campos mejoren la industria y transporten nuestro frutos a mercados extranjeros.

No economices gastos ni sacrificio alguno para educar nuestros hijos, vende lo más precioso que tengas; porque aunque no les dejes bienes de fortuna, ellos tendrán siempre con la buena educación.»

EL FAMOSO DIAMANTE JUNKER

Nueva York.—Lázaro Kaplan, perteneciente a una antigua familia de diamantistas, ha sido encargado de la delicada tarea de dividir el famoso diamante Junker, la gema mayor del mundo, en doce magníficos brillantes. El proceso, que exige gran práctica y paciencia, durará seis meses por lo menos.

Ax Kaplan ha terminado ya la difícil operación de partir la gran piedra, de una pureza y belleza sin igual según los técnicos, en tres pedazos. Para la realización de esta operación ha estado trabajando más de un año, estudiando las líneas mejores para el corte. Ello le ha supuesto diseñar una serie de modelos en pastelina antes de decidirse a realizar el difícil corte.

Esta operación es difícilísima, por todas las cuestiones que ha de tener en cuenta el diamantista. Tan peligrosa es la operación,

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

que Kaplan, nervioso ante el temor de haberse equivocado en sus cálculos, abandonó el trabajo y pasó tres días descansando en el campo. Un error de una fracción de milímetro hubiera significado una verdadera catástrofe. Si Kaplan se hubiera equivocado en sus cálculos, el diamante hubiera quedado roto en pequeños fragmentos.

Uno de los doce brillantes tendrá la forma de esmeralda y pesará 165 quilates. Será el tercer diamante del mundo en tamaño. Las otras once piedras pesarán de once a cincuenta quilates. Los brillantes más grandes pesan 516 y 309 quilates.

EJEMPLO HEROICO

En 1911, al Gral. Francisco Guerrero, decidido partidario del Gral. don Manuel Bonilla, se le había confiado por el Gobierno que presidía el Gral. Miguel R. Dávila, la defensa de la plaza de La Ceiba. Llegan las victoriosas huestes bonillistas e intiman a Guerrero sobre la rendida o entrega incondicional de la plaza.

—¡Nada!— responde Guerrero—soy decidido partidario y admirador del Gral. don Manuel Bonilla, pero en las actuales circunstancias soy el militar de honor que defiende hoy esta plaza.

Y allí murió Guerrero como un verdadero guerrero, como un Leónidas en las Termópilas o un Justo Rufino Barrios en Chalchuapa. Nosotros odiamos los traidores. Bien dijo Mario Curcio: *Los traidores huelen para mí a carne podrida: los desprecio.*

Deseáramos que todos nuestros militares imitaran siempre el ejemplo grandilocuente del Gral. Guerrero. Morir si es posible en su puesto; pero poniendo muy en alto la lealtad y el honor, virtudes que glorifican a los hijos de Marte.

Esculapio Sandoval.

(De La Flecha, San Pedro Sula).

LA FLOR DE LA PATRIA COLOMBIANA

Cattleya—cuatricolor—Baten, llamada por los conquistadores *Lirio de la Selva*. En este siglo se conoce por *Flor de Mayo* y *Lirio de San Juan*.

(Adoptada como flor nacional por la Academia Colombiana de la Historia, en su sesión del 16 de noviembre de 1936).

Poesías inéditas

ETERNA ILUSION

Aglac, amiga querida, amor de mi adolescencia; recibo tu carfa y la pongo sobre mi corazón. Sufro de la intensa ventura de saber que todavía me amas.

F. T.

Nazaret, agosto de 1934.

Amado tiempo en que su lindo nombre me producía súbita emoción y en que pasó por mi glacial penumbra su belleza cual ráfaga de sol.

Tiempo florido de ilusión romántica, perfume vago de un remoto abril. Yo en las noches ponía en su ventana frescos ramos de azahar y de jazmín.

Cuando pasaba junto a mí sufría deseo de ser musgo ante sus pies para sentir el peso de su cuerpo con el olor del ámbar y el clavel.

La vez primera que posé mi frente sobre su seno con profundo amor como el de un pajarillo prisionero trémulo oí latir su corazón.

Niña, tan niña que las dulces pomas de su cándido pecho eran aún como pequeñas frutas en agraz de su leve corpiño bajo el tul.

Yo besé con delicia los sedosos tiernos duraznos de íntimo sabor un instante no más porque su mano suavemente mis labios apartó.

Minuto de pasión que resplandece en mi remoto ayer primaveral. Yo tenía quince años. Ella trece. I a través de ocho lustros me amaré, pues el primer amor nunca perece y en la sangre y el alma es inmortal.

Froylán Turcios.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS
editados en París

Cuentos del Amor y de la Muerte	4.00
El Vampiro (novela)	3.00
Páginas de Ayer	3.00
Flores de Almendro (poesías)	3.00

En la LIBRERIA ARIEL

LA MUERTE DE HEINE

Enrique Heine, en su lecho de muerte, decía a Luis Kalish:

—La tragedia está en su quinto acto, el cual encuentro largo y fastidioso. Por otra parte, tengo la edad en que debe morir un poeta que se respete. Vuelve pronto a verme: darás solamente algunos pasos para llegar a mi casa. Pero por poco que tardes necesitarás recorrer el camino largo y stucio que conduce al cementerio, en donde tengo ya preparado un departamento con magníficas vistas para la eternidad. Aunque no está amueblado lujosamente, supongo, y aun puedo asegurarlo, que se halla un poco húmedo; pero el propietario no me aumentará la renta, y, además, tendré vecinos pacíficos que no turbarán mi sueño...

Dos horas antes de morir, alguien le preguntó si estaba bien con Dios, a lo que contestó:

—Dios tiene que perdonarme; es su oficio.

No obstante, el gran humorista había tomado sus precauciones, a fin de neutralizar el mal efecto que el recuerdo de sus salidas de tono pudiesen causar en lo Alto, y veremos a continuación la opiata con que había ungido su testamento:

...Cuatro años hace que abdiqué todo orgullo filosófico y he vuelto a ideas y sentimientos religiosos. Muero creyendo en un Dios único y eterno, creador del mundo, cuya misericordia imploro para mi alma inmortal. Siento haber hablado en mis escritos de cosas santas, sin el respeto que se les debe; pero iba arrastrado más por el espíritu de mi época que por mis propias inclinaciones. Si ofendí sin saberlo a las buenas costumbres y a la moral, que es la esencia verdadera de todas las creencias monoteístas, de ello pido perdón a Dios y a los hombres.⁹

MICRO-RADIOS

Mi recuerdo

Siempre al amanecer
se acurruca en tu mente
y te clava, llorando, un alfiler.

La gotera

Un hipo de cristal.

Experiencia

En amor la ciencia fragua
ser para el labio sediento
como cisterna sin agua.

Flavio Herrera.

AMARGAS VERDADES

El talentoso periodista hondureño don Alejandro Castro (p) dice en su interesante revista *Tegucigalpa*, del 3 de abril último: «Otro de los factores que contribuyen al desastre de las empresas periodísticas son los malos agentes departamentales (y bien pocos son los buenos), que se toman para sí, con la mayor frescura, todo lo que producen las suscripciones, mandándole al pobre empresario cuando más un amable recuerdo de despedida.

Si yo tuviera en efectivo todo el dinero que me han escamoteado agentes de plazas principales del país, bien podría levantar una casa de dos pisos y me sobraría para principiar otra. Pero como no hay sanción para este fácil sistema de estafa, no queda otro consuelo que la dulce conformidad de los hechos consumados.»

FROYLAN TURCIOS AGRADECE
EL ENVIO DE LOS SIGUIENTES
LIBROS

(Continúa).

—*Contribución al estudio de la guerra federal de Venezuela*, por el Dr. José Santiago Rodríguez. Dos tomos en cuarto, de 448 y 439 páginas cada uno, respectivamente. Editorial Elite, Caracas. Envío del autor.

—*Victor M. Londoño*. (Obra literaria, verso y prosa). Publicada por Cornelio Hispano. Bogotá. Imprenta Nacional. MCMXXXVII. (En este número de ARIEL reproducimos un soneto y varias traducciones de Londoño). La obra consta de 362 páginas en cuarto. Envío del autor.

—*Escarceos literarios*, por Victor Guardia Quirós. Prólogo de Moisés Vincenzi. Editorial Borrás Hermanos, San José de Costa Rica, 1938. Un volumen de 226 en 8°. Envío del autor.

—*Lecciones de Psicología*, por el Dr. V. Lachner. Un volumen de 194 páginas. Librería e Imprenta Lehmann, San José, 1938. Envío del autor.

—*Cuentos*, de Rafael A. Solera. (Obsequio del Instituto de Alajuela). 113 páginas en octavo. Imprenta Lehmann, San José de Costa Rica, 1938.

—*Estrella*, por José R. Castro. Poesías. Volumen de 84 páginas. Habana, 1938. Envío del autor.

—*La raza sufrida*, por Carlos B. Quiroga. Novela americana. Envío del autor. Su dirección: Victoria 2966. Buenos Aires, Argentina. 348 páginas en octavo.

—*El infierno azul y blanco*, novela de Juan

Marín. Editorial Claridad, Buenos Aires. Envío del autor. Su dirección: Casilla 3383. Santiago de Chile. Volumen de 171 páginas en octavo.

—*Luis A. Martine* y Augusto Aria nación del Grupo América. Imprenta del Ministerio de Gobierno, 1937. Libro de 185 páginas en 8°. Quito, Ecuador.

—*Convención racional del Derecho Político* por José E. de Santiago. Volumen de 120 páginas. Edit. *Revista Ilustrada Sarmiento*. Buenos Aires, Argentina. Envío del autor. Su dirección: Riglos, 1201. Buenos Aires, Argentina.

—*Rodó. Su vida. Su obra*, por Víctor Pérez Petit. Volumen de 512 páginas en 8° editado por Claudio García y Cía, Montevideo. Envío del autor. Su dirección: Avenida Agraciada, 1754. Montevideo. Uruguay.

—*Alas*, por Fausta Ferrera. Poesías. San Pedro Sula, Honduras. Envío de la autora.

—*El Silencio*, por Juan Felipe Toruño. Novela de 314 páginas. Imprenta editora *Arévalo*. San Salvador. Envío del autor.

—*La flauta del sátiro*, por López de Molin. Libro de poesías de 122 páginas. Editorial Mundo Literario. Remisión del autor. Su dirección: Bogotá, 27. Buenos Aires, Argentina.

—*A la sombra del arco*, por Guillermo André. Un libro de crónicas de París, de 280 páginas. Editorial Excelsior, París. Envío del autor.

—*Sobre el agua*, por Guillermo Andreve. Volumen de 206 páginas. Editorial Marinada, Madrid. Envío del autor.

—*Una punta del velo*, por Guillermo Andreve. Imprenta Nacional de Panamá. Libro de 169 páginas. Envío del autor.

—*La reforma electoral*, por Guillermo Andreve. Envío del autor. Panamá.

—*Cómo atraer el turismo a Panamá*, por Guillermo Andreve. Panamá, 1929. Envío del autor.

—*Corazón adentro*, por Enrique Geenzier. Volumen de 142 páginas de poesías. Tipografía y Casa editorial *La Moderna*, Panamá. Envío del autor.

—*Vocabulario de Puerto Rico*, por Augusto Malaret, 293 páginas en 4°. Imprenta Venezuela. San Juan, Puerto Rico. Envío del autor.

—*El mundo de mi jardín*, por Julio Enrique Avila. 170 páginas. Segunda edición. Publicaciones de la Biblioteca Nacional. San Salvador. 1937. Remisión del autor.

—*El himno sin patria*. (Ensayo sobre el espíritu de la música y su acción social). por Julio Enrique Avila. Publicaciones de la Universidad de El Salvador, 1936. 62 páginas. Envío del autor.

—*Tasco*, por José G. Montes de Oca. Imprenta Manuel León Sánchez. 119 páginas. Envío del autor.

—*Embrollos y desembrollos*, por Alberto M. Brambila. Volumen de 229 páginas. Guadalajara, México. Envío del autor.

—*Homofonología*, por Alberto M. Brambila.

371 páginas. Guadalajara, México. Envío del autor.

—*Tirones de oreja*, por Alberto M. Brambila. 171 páginas. Guadalajara, México. Envío del autor.

—*El precursor de Shakespeare*, por Jesús Amaya. Editorial Lumen, México. 131 páginas. Envío del autor.

—*Intimidades literarias*, por Eduardo de Ory. 96 páginas. Envío del autor. Cádiz, España.

—*Fichas para la historia de la pintura en México*, por Guillermo Jiménez. Ediciones de la Universidad Nacional, México, 1937. Envío del autor.

—*La conquista de Honduras*, por Ernesto Alvarado García. Talleres tipográficos nacionales, Tegucigalpa, Honduras. 46 páginas. Envío del autor.

—*Nosso primeiro comediógrafo*, por Claudio de Souza. 120 páginas. Envío del autor. Río de Janeiro, Brasil.

—*Os bonecos articulados*, por Claudio de Souza. 144 páginas. Envío del autor. Río de Janeiro, Brasil.

—*A Matilha*, por Claudio de Souza. 59 páginas. Envío del autor. Río de Janeiro, Brasil.

—*Claudio de Souza e Alfredo Pujol*. Discursos de recepcao na Academia Brasileira. Río de Janeiro, Brasil.

—*Libro-Centenario—1835-1935*. Conmemorativo del aniversario natal del General Justo Rufino Barrios, por Carlos Aguilera de León. Introducción a la obra con *Los Símbolos* de Carlos H. Ruiz. 242 páginas. Envío de Carlos H. Ruiz, Guatemala.

—*Or*, por Virgilio Salazar L. Imprenta Española, San José, 63 páginas.

—*Páginas de acción estudiantil*, por José Rodríguez Tarditi. 67 páginas. Envío del autor. Su dirección: Liniers, 1155. Dep. A. Buenos Aires, Argentina.

—*Doña Zoila*, por Justino Cornejo. Proemio del Dr. Luis F. Chaves. 42 páginas. Envío del autor. Quito, Ecuador.

—*La realidad*, por Víctor Igartúa. Envío del autor. Aguadilla, Puerto Rico.

—*Oración panegírica*, por R. Emilio Jiménez. Ediciones de la Academia Dominicana de la Historia. Ciudad Trujillo, R. D.

—*La rueda del tiempo*, por Francisco Domínguez Pérez. 160 páginas de versos. Envío del autor. Guantánamo, Cuba.

—*Campo abierto* (poemas de sabor criollo),

por Víctor Igartúa. 140 páginas. Envío de autor, Aguadilla, Puerto Rico.

—*El espíritu francés y la nación cubana*, por Emeterio S. Santovenia. Editorial Cuba. 75 páginas. Envío del autor. Habana, Cuba.

—*Sorteos todos los domingos* (Cuentos de Lotería), por Mario Marín Mirones. Panamá.

(Continuará).

EPIGRAMAS CLASICOS

I. Ardiendo un marido en celos,
de coraje se arrancó
un gran puñado de pelos
y en el brasero lo echó.
Su mujer lo vió encendido,
y hurgó con sumo cuidado,
diciendo:—¿Qué habrá caído
que huele a cuerno quemado?

J. M. Villergas

II. Por enero Inés se halló
de su faldón en lo interno
una pulga, y exclamó:
—¡Que aun hay pulgas en invierno!
Bías, asiéndola la mano
—No extrañes, niña, el encuentro
—la dijo—porque ahí dentro
yo apostaré a que es verano.

J. Iglesias.

III. Un mancebo de botica
tiene por novia a Librada.
¡Ay, qué lástima de chica,
tan joven y amancebada!

V. Martínez.

Sección para los niños costarricenses

UNA SALVACION MARAVILLOSA

—¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!—sonaban, al dispararse, los fusiles.

—¡Cuánto me asustan estas condenadas armas de fuego!—dijo la hembra verdorosa a la del pinzón.

—Es usted muy nerviosa—repuso esta última saltando fuera de su nido, formado de musgo y líquen y colocado en la bifurcación de las ramas de un avellano.

Púsose a mirar a su asustada vecina, que se hallaba en su nido, colocado en una intrincada maleza, al pie del árbol, y añadió:

—Es la detonación de fusiles al ser disparados contra un blanco, y, por lo tanto, no pueden perjudicarnos en lo más mínimo.

LIBROS NUEVOS

Juan José Arévalo—*La Pedagogía de la Personalidad* ₡ 5.70

Moisés Vincenzi.—*El Arte Moderno* ₡ 2.00

LIBRERIA ARIEL

¡Si quiere usted que le diga la verdad, me gusta oírlos.

—Bueno, señora Pinzón. Es usted el ~~pequeño~~ más extraño que he hallado en toda mi vida. ¡Mire que gustarle el horrible estampido de los fusiles! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Esto durante todo el día! Me hacen temblar como una hoja de árbol y a cada momento estoy temiendo caerme del nido.

—Tengo buenas razones para que me guste el disparo de los fusiles, pues una vez me salvaron la vida.

Esto era interesantísimo para el verdón. Dejando, pues, por un momento, sus cinco huevos de color azul turquesa extendió las alas y riendo exclamó:

—¡Le salvaron la vida! ¿Cuándo se oyó semejante cosa? ¡Realmente es demasiado!

—¡, sin embargo, es tal como lo cuento—
repuso gravemente la señora Pinzón. Sucedió como va usted a oír. Yo estaba en el nido, a poca distancia del suelo, en un seto que había detrás de cierto lugar en que los voluntarios del ejército acostumbraban poner los blancos, sobre los que disparaban para ejercitarse en el tiro. Cuando esto sucedía las balas iban a dar, muchas veces, alrededor de nuestro nido, cuando no pasaban junto a nosotros. Nunca olvidaré los sobresaltos que me daba el silbido de aquellos pedazos de plomo. Los oía muy bien, hasta cuando mi madre, echada en su hogar, nos cubría a mí y a mis hermanos. Excusado es decir que nuestra conversación estaba llena de reproches para aquellos soldados que tan descuidados tiraban, pero sin pensar siquiera que algún día su imprevisión nos salvaría la vida. Sucedió la cosa en una cálida tarde de verano de los primeros días de junio. Nuestros padres trabajaban sin descanso para llevarnos alimento y los pequeñuelos nos regalábamos con deliciosas orugas verdes y otras delicadezas por el estilo, cuando ocurrió algo terrible. Acababa yo de tomar el último bocado del pico de mi padre, cuando éste oyó el rumor de algo que se arrastraba por entre la hierba, y mirando en la dirección del ruido, dió un grito de terror. Sin perder instante emprendió el vuelo hacia un árbol vecino en que se hallaba mi madre, y presa del espanto más profundo, exclamó: — ¡Una serpiente! ¡Una víbora! — ¡Pobre madre mía! Al oír las terribles palabras dejó caer el alimento que en el pico llevaba, y elevándose un poco por encima del lugar en que nos hallábamos los

pequeños, miro al reptil medio muerta de terror. Uno de mis hermanos, más valiente que los otros, trató de ver al enemigo; yo, por mi parte, debo confesar que estaba tan asustada que no pude hacer otra cosa sino acurrucarme bien en mi nido, creyendo que mi pequeño corazón iba a salirseme por la boca. Viendo la situación en que nos hallábamos, mi madre dijo. — No os asustéis, queridos míos. Obligaremos al monstruo a alejarse si trata de encaramarse por el árbol. Tal vez no lo intente. — Diciendo estas palabras, mi pobre madre hacía esfuerzos por parecer tranquila; pero, observando sus miradas y el movimiento de las plumas que le cubrían el pecho, comprendí que estaba terriblemente aterrorizada y mi corazón redobló sus latidos. Oyendo los gritos, un mirlo acudió a enterarse de lo que sucedía; pero, una vez lo hubo visto, a pesar de que mi madre le rogó que picara al asesino, que ya se encaramaba por el árbol, se contentó con revolotear por allí, hablando en voz alta de sus proezas y del valor que en varias ocasiones había demostrado. Poco a poco la víbora rodeó el árbol y empezó la ascensión. Cada vez se hallaba a menor distancia de nuestro nido y cada vez más cerca ¡ay! de su cena. Mi padre, loco de rabia, se echó furioso contra la serpiente y la picó, pero sin otro resultado que el de enfurecer al reptil, el cual mostró su lengua bífida tres o cuatro veces, silbando al mismo tiempo con expresión de amenaza. La vida de un pájaro está llena de sustos y sobresaltos; pero creo que, en la larga lista de los terrores existentes, ninguno puede compararse con la sensación de horror e impotencia que nosotros experimentábamos, echados en nuestro nido y sabiendo que pronto íbamos a ser devorados por una víbora. Desgraciadamente ninguno sabía volar, y, por lo tanto, éramos incapaces de ponernos fuera de su alcance; de manera que estábamos horrorizados esperando ser víctimas de las salvajes quijadas del enemigo. Poco a poco elevó éste su espantosa cabeza por encima del nido; y con una mirada de satisfacción en sus malignos ojos, abrió la boca para apoderarse de mí. Mi madre dió un grito de desesperación; y, mientras tanto, sucedió algo realmente maravilloso. ¡Pam! ¡Pam! Se oyeron las detonaciones de los fusiles de los voluntarios, que tiraban al blanco en el valle. Silbó una bala, la cual, después de romper unas ramitas del seto en

que estaba nuestro nido, fué a cortar en redondo la cabeza de la víbora. Aquella tarde hubo gran alegría entre la tribu de los pinzones, se lo puedo asegurar, y mucho tiempo después, cuando ya empezábamos a volar, nosotros, los polluelos, encaramados sobre unas ramas, hablábamos todavía de la milagrosa salvación de nuestras vidas. Por esta razón me gusta oír el disparo de las armas de fuego.

R. Kearton.

EL INTERES A TRAVES DE LOS SIGLOS

En la época de Solón, los prestamistas cobraban un interés anual del 18 por ciento.

Demóstenes habla de un interés *amistoso* del quince por ciento.

En la Edad Media volvieron a subir los intereses hasta el doce y el catorce por ciento. Bajaron luego en los siglos XVII y XVIII, para aumentar a principios del siglo XIX.

DUMOURIEZ Y MARAT

Cierta noche, hallándose Dumouriez en el apogeo de su gloria, fué apostrofado por un ser de rostro sombrío y grasiento, que se había introducido en el salón sin ser invitado, y a pesar de la resistencia opuesta por los lacayos. Sí, esta sombría criatura viene con *expreso encargo de los jacobinos* de inquirir rudamente y lo antes posible acerca de ciertas cosas, tales como, por ejemplo: ¿Qué hay del asunto de los voluntarios aquellos a los cuales Dumouriez mandó rapar las cejas? ¿I de las amenazas de hacerles pedazos? ¿I por qué no habéis perseguido a Brunswick con energía? De esta suerte le interroga la sombría figura con ronco croar...

—¡Ah, vos-sois ese que llaman Marat!— responde el general.

I le vuelve desdeñosamente la espalda.

¡Marat! Los vestidos de encaje sufren escalofríos y temblores; los elegantes caballeros se reúnen en círculo; el actor Tal-

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos que extractamos para ARIEL, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos uruga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

ma—pues esta escena tiene lugar en su casa—, el actor Talma, repetimos, y hasta las mismas bujías que iluminan la sala, se tornan azules, y esta excitación dura hasta que el espectro obscuro, de aire sombrío, se desvanece para volver a sus natales tinieblas.

Tomás Carlyle.

CONSEJERO EN DESGRACIA

A principios de septiembre de 1870 llegó a Florencia la noticia de la capitulación de Sedán y de la prisión de Napoleón III.

Víctor Manuel la acogió sin hacer comentarios y después de largo silencio, exclamó:

—¡Y pensar que este buen hombre siempre estaba dándome consejos!

CONOCIMIENTOS INTERESANTES

— Los antiguos consideraban la modestia como un vicio.

— La trata de negros duró desde el siglo XVI al XIX.

— Juderías llamábase en España a los barrios habitados por judíos.

— Mudéjares: mahometanos sometidos en España durante la reconquista.

— Durante la Edad Media todos los cristianos de Europa eran católicos.

— La Inquisición o Santo Oficio fué creado para averiguar quiénes eran los verdaderos cristianos, pues muchos judíos y musulmanes habían fingido convertirse al catolicismo para no ser expulsados de su patria después de la conquista de Granada por los reyes católicos.

— Autos de fe llamábanse a las ceremonias en que se exponían en público los acusados para imponerles castigos.

— Corneille, Racine, Moliere, Bossuet, Fenelón y La Fontaine fueron contemporáneos. Al siglo en que vivieron se le llamó *siglo de oro de las letras francesas* o siglo de Luis XIV.

— Luis XIV entregó a Inglaterra el Canadá después de los Tratados de Utrecht y Rastad.

— El nombre de Andalucía viene de Vandalusia, tierra de vándalos.

— Dentro de la España musulmana habitaban cristianos que eran respetados en su religión y sus costumbres y que se llamaban *ozárabes*.

— El *parlamentarismo*, establecido por

Inglaterra, preparó la Revolución Francesa.

—En 1870 cayeron de sus tronos Isabel II y Napoleón III.

—En 1830 Bélgica se independizó de Holanda, a la que fué entregada en 1814.

—La unidad italiana se hizo en once años, con la ayuda de Francia. Unidos franceses y piomonteses vencieron al Austria en Magenta y Solferino. No fué suprimido el Papa por la ayuda que a éste prestó Napoleón III.

—En 1861 Víctor Manuel, rey del Piamonte, fué rey de Italia.

TRES ANECDOTAS DE JUAN VICENTE GONZALEZ

(Extractos de un artículo publicado en la revista *Fantoches* de Caracas).

A Juan Vicente González (conocido hombre de letras venezolano) lo apodaban *tragalibros* por su afición a leer y acaso también porque no se apresuraba a devolver los libros que le daban prestados. Encuéntrase un día con Pedro José Rojas, a quien se acusaba de haberse apropiado de muchas libras del empréstito inglés. Rojas le dice al pasar:

—Adiós, tragalibros.

I González contesta:

—Adiós, mi hembra.

Entabla agria polémica por la prensa con Cipriano Morales, y a tanto llegan los insultos que todo el mundo prevé un lance personal.

Morales tenía fama de ser el ricacho más avaro de Caracas. Encáranse en la calle; Juan Vicente lo agarra por el cuello de la levita y se la hace tiras gritándole:

—Mira, hombre sórdido, esto te duele más que un artículo.

No siempre salía tan bien librado en sus disputas: al contrario, como era más valiente de lenguas que de puños, a menudo llovían palos sobre sus anchas espaldas. A veces lo inesperado e hiriente de su invectiva o réplica paralizaba al enemigo. Un militar de mala traza, a quien acababa de insultar en *El Heraldo*, se le acerca de improviso en un café, y le pregunta montado en cólera:

—¿Usted sabe quién soy yo?

González le contesta:

—No lo sé, pero por su aspecto de beli-

tre supongo que será usted un general de la Federación.

El militar se sintió desarmado y se fué huído.

Pilar Meneses, célebre agitador liberal desde 1846, enemigo por consiguiente de González, aunque en sus mocedades fueron compañeros, cargaba con la fama de haber sido uno de los victimarios del comandante Vázquez, preso por delito político en la cárcel de Caracas bajo el gobierno de José Gregorio Monagas. Tópanse de paso, y Meneses para burlarse de su adversario, cuyo mugriento vestido no olía a rosas, exclama llevándose el pañuelo a las narices:

—¡Foo, me hiede!

Juan Vicente le grita:

—¡Es la sangre de Vázquez que te sofoca!

José Gil Fortoul.

ESPERANDO A LA AMADA

Hela aquí. Ella viene: *incedit per lilia et super nivem*. Viene envuelta en el armiño, lleva los cabellos recogidos y ocultos; su paso es más ligero que su sombra; la luna y la nieve están menos pálidos que ella. *Ave.*

Una sombra—cerúlea como una luz que se tiñe en un zafiro—la acompaña. Los lirios enormes no se inclinan porque el hielo los ha entumecido; porque el hielo los ha hecho semejantes a los gamones de los senderos del Ade. Pero, como los de los paraísos cristianos, tienen una voz y dicen: *Amén.*

Así sea. La adorada va a simbolizarse. Así sea. Ella está ya junto al que espera, fría y muda, pero con los ojos ardientes y elocuentes. I él, ante aquellas manos, aquellas queridas manos que cierran las heridas y abren los sueños, se inclina y besa. Así sea.

Aquí y allá se desvanecen las iglesias, elevadas sobre columnas, a las cuales la nieve orna con volutas y acantos mágicos. Se desvanecen los Foros profundos, sepultados bajo la nieve, sumergidos en una claridad azul, donde surgen los comienzos de los pórticos y de los arcos hacia la luna, más inconscientes que su misma sombra.

Se desvanecen las fuentes esculpidas en roca de cristal, que arrojan, no agua, sino luz.

I después besaba sus labios, aquellos labios adorados que no conocían las falsas palabras. Desatada la cofia, los cabellos

A R I E L

fluían como un gran río oscuro, donde parecía que se recogieran todas las tinieblas nocturnas, huyendo de la nieve y de la luna *Comis suis tibi bravit tibi et sub comis, peccabit. Amén.*

Gabriel D'Annunzio.

MUSICA

¡Música! Llave de plata que abres las fuentes de las lágrimas, donde el espíritu bebe hasta que la mente se exatravía; suavísima tumba de mil temores y alarmas, donde su madre la Inquietud, semejante a un niño que duerme, reposa adormida entre flores.

Percy Bisshe Shelley.

FRAGMENTO DE UNA
MARAVILLOSA HISTORIA

Por aquel tiempo—fué a mediados del indecoroso siglo XIX—, el país de Grecia vió nacer su esplendor. Un príncipe (*) semejante a los príncipes antiguos, se coronó en Atenas y brilló con un astro real. Era descendiente de los caballeros de Malta; había en él algo del príncipe Hamlet y mucho del rey Apolo; hacía anunciar su paso con trompetas de plata; recorría los campos en carroza heroica, tirada por cuadrillas de caballos blancos; echó de su reino a todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norte América; pensionó magníficamente a pintores y rimadores, de modo que las abejas áticas se despertaban a un sonido de cinceles y de liras; pobló de estatuas los bosques; hizo volver a los ojos de los pastores la visión de las ninfas y de las diosas; recibió la visita de un soberano que se llamaba Luis de Baviera, señor hermoso como Lohengrín y a quien amaba Loreley, y vivía junto a un lago azul nevado de cisnes; llevó a Wagner a la armoniosa tierra del Olimpo, de modo que el bello sol griego puso su aureola de oro en la divina frente de Euforión; envió embajadas a los países de Oriente y cerró las puertas del reino a los bárbaros occidentales; volvió, gracias a él, la gloria de las musas; y cuando murió no se supo si fué un águila o un unicornio quien llevó su cuerpo a un lugar misterioso.

Rubén Darío.

(*) Alude al conde Matías Felipe Augusto de Villiers de L'Isle Adam.

LAS CUATRO PRINCESAS
REALES

Luis XV llamaba a las cuatro princesas reales, sus hijas, *Graille, Chiffe, Coche y Loque* (Andrajo, Tiritaña, Marrana y Piñajo).

NOTAS

Errata de fondo.—En el bello soneto de nuestro distinguido amigo Agustín Muñoz Cabrera, titulado *Norte Ideal*, que insertamos en la edición del 1º de mayo, apareció la palabra *horror* por *error*, en uno de los versos del primer terceto. Debe leerse: *y disipó las sombras de un error secular.*

A NUESTROS BUENOS AGENTES DE
HONDURAS

Con el presente número 18 se completan las primeras seis series de ARIEL. Agradeceremos mucho a nuestros agentes de Honduras, que nada nos han remitido hasta la fecha, nos envíen juntos, y sin demora, los fondos de estas primeras seis series; y, a los que nos han hecho algún envío, completar la remisión de los productos hasta dicho número 18. Tenemos urgencia de esos dineros para el pago de las ediciones de la revista. Volvemos a indicarles que si se les dificulta el envío directo de esos fondos, los remitan al Profesor Carlos Alberto Pineda, residente en San Pedro Sula.

En nuestras próximas ediciones comenzaremos a publicar las listas de los buenos amigos que nos ayudan en nuestra empresa cultural.

Proceder incorrecto.—Hemos comenzado a retirar el canje a las publicaciones que, a pesar de nuestras notas anteriores, continúan reproduciendo los textos de *Ariel* sin decir de dónde los tomaron. Así es fácil, aprovechando el esfuerzo ajeno, darles importancia a revistas o periódicos mediocres. Pero tan incorrecto proceder es merecedor de la más severa censura y sólo pueden persistir en él quienes se hallan desprovistos de los atributos de la más elemental caballerosidad.